

# ESPERANZA

*Velaz*

X PREMIO DE RELATOS BREVES DE QUINTANILLA DE  
ARRIBA

Una mano gira la rueda del grifo. Las tuberías comienzan a sonar como si estas fueran las tripas de lo que antes llamábamos ballena. Acto seguido, un chorrito de agua marrón sale a trompicones. La mano agarra la pastilla de jabón y frota entre sus arrugas, enjuagándose ambas manos con esa especie de tierra líquida que desprende la boca del grifo.

—Yayo, ¿cuándo puedo ir a bañarme al río? —pregunta el jovencito apoyado en el marco de la puerta.

Juan Manuel, J.M, tal y como le abrevia su abuelo, tiene diez años y es hijo único, procedente de unos padres que siempre están trabajando. Suele pasar los veranos en su pueblo vallisoletano de Quintanilla de Arriba, pero este año es diferente. Acaba de llegar e insiste en ir al río y ver a sus amigos, pues conserva frescos recuerdos de años anteriores. J.M está indignado —y con razón —porque su abuelo no quiere que vaya al río.

—Primero hemos de recoger la casa y después iremos a echar un ojo a nuestros majuelos. Más tarde, ya veremos. —replica la voz grave del mayor.

El niño agacha la cabeza y se va caminando por el pasillo. El anciano observa su rostro en el espejo del lavabo y suspira. Pareciese algo más que octogenario. Su barba es menudita y blanquecina, al igual que el poco cabello que reposa sobre su cabeza. Sus ojos anuncian una profunda vida tras un brillo que no pasa desapercibido. Es un hombre práctico, lleva puesta una fina camiseta celeste y un pantalón corto, muy fresquito.

Nieto y abuelo recogen la pequeña casa, empezando por el salón. Hay varios ventiladores encendidos, un viejo termómetro de mercurio que señala los 40°, un reloj digital que marca las 8 a.m. y una pecera obsoleta llena de polvo. —¿Adónde han ido los peces, al río? —pregunta sorprendido el niño que, sin ir más lejos, el año pasado vio dos pequeños peces de colores habitando ahí dentro. El yayo se hace el sordo y sigue sacudiendo la tela que cubre el diminuto sofá. —¿Y la tortuga? ¿No había una tortuga también? —. El anciano le lanza un trapo, le manda limpiar la mesa y el viejo mueble que soporta una hilera de libros medioambientales.

Una vez terminan de limpiar el comedor y recoger las dos alcobas, el niño salta entusiasmado para ir al río a bañarse y por fin ver a sus amigos. —Todavía queda ir a ver las viñas. —contesta rancio el anciano mientras se coloca una gorra. J.M se sienta en una vieja silla de madera y cruza sus brazos. El yayo se acerca y se sienta en otra silla frente al pequeño, cruzando también sus brazos. Ambos ponen un gesto de insatisfacción. El

abuelo imita al niño mientras le mira con ojos agridulces, compasivo. Se quita la gorra, se la coloca a su nieto y dice: —Vámonos, capitán. Es hora de salir del barco—. El rostro de J.M se ilumina y él se levanta de un salto. El señor se pone un pañuelo blanco sobre su cabeza y coge una mochilita que tiene preparada junto a la puerta.

Por el camino, una ondulante ola de aire caliente difumina los páramos de los alrededores. Para llegar a la viña han de atravesar un gran campo que ahora está seco y solitario. El anciano mira su reloj de muñeca, marca las 10.30 a.m. y 43°. El sonido de las pisadas hace crujir los hierbajos que dejan a su paso. —Espera, no vayas tan rápido. —le dice. J.M se detiene y espera paciente mientras observa el paraje. —¿Estás bien, yayo? —dice el pequeño al ver que a su abuelo le cuesta caminar. El hombre hace un gesto de afirmación con la cabeza, procura no gastar demasiada energía, aún deben de regresar.

Cuando ambos llegan al terreno de la vid, el nieto se pregunta qué ha pasado. Cada cepa parece inerte, incolora, insustancial. —Es una época complicada, J.M, pero yo aún tengo esperanza. —alude el anciano con una ligera sonrisa. De repente, su reloj de pulsera comienza a proyectar un fuerte pitido, como de alerta. En su pantalla parpadea una señal de peligro, la temperatura asciende a los 45°. —Hemos de volver. —previene el abuelo que, sin más dilatación, coge a su nieto de la mano y da media vuelta. El niño, sin entender lo que sucede, pero sospechando que algo pasa, patatea y vocifera: —¡¿Y el río?! ¡¿Cuándo vamos?! ¡Mis amigos! —. El mayor empieza a jadear y un ataque de tos se apodera de su cansado cuerpo. El reloj sigue pitando con más fuerza. J.M consigue zafarse y echa a correr. El anciano, sin éxito, intenta alcanzarle dando un par de zancadas mientras grita sin fuerza el nombre completo del joven. La silueta del niño se pierde tras el calor que diluye el paisaje.

Una hora después, el yayo, desalentado, llega a un socavón de tierra agrietada. Aquí está J.M sentado en una roca, bajo la sombra de un enorme roble carrasqueño de color ocre, mientras observa el gran vacío. —¿Y el río? —se pregunta. El silencio se hace presente. El anciano se sienta junto al nieto y saca una pequeña cantimplora del interior de su mochila. —Toma, deja un poco de agua para luego, nos hará falta. —le dice. El pequeño bebe prudentemente y después el mayor. Este guarda el agua con delicadeza. Silencio.

—No lo hicimos bien, tuvimos que hacerlo mejor. Lo siento mucho, me temo que este año no vendrán tus amigos. —dice el abuelo.

—Todavía hay esperanza, yayo.—alude J.M.